

El hombre a ambos lados de la pared

(Excerpt in Spanish)

Translated by: David Heredero Zorzo

Contact of the translator: davidherederozorzo@gmail.com

Es sábado. De bochorno, como todos los sábados del verano bonaerense. Volvía del trabajo por la tarde completamente embriagado del calor y el camino era totalmente diferente a los días anteriores: más hermoso y, sobre todo, más triste. Así era cada vez que regresaba del laburo por última vez en algún lugar antes de marcharse para siempre a otro sitio.

En el umbral echó un vistazo fatigado a las maletas, puestas en orden ya una semana entera.

—¿Conque mañana marcha? —pregunta el ama desde la puerta de la cocina al otro lado de un estrecho pasillo, y se seca los churretones de sudor con el mandil.

—Mañana. —Le sonrío y continúa para sí mismo—: Antes de que me tuviesen que insinuar que soy demasiado viejo para este trabajo...

—Los emigrantes son en realidad gente feliz. Abandonan un lugar como si nada fuera para ustedes. —Él simplemente le asiente—. Qué lástima, me gustaría conocer a su esposa —continúa el ama—. Marija... ¿Recuerda aún cómo dijo una vez que no le gusta su nombre porque en Europa la mitad de las mujeres son bautizadas como Marija?

El ama nota su apuro y se apresura:

—¡Pobrecita! Sabe Dios todo lo que habrá debido de aguantar sin usted. Pero ahora será mejor.

—Suelta una sonrisilla—. Que aún está usted bien fornido.

—Quizás la traiga acá alguna vez, para que la conozca.

—¡Eso me alegrará de verdad! —El ama alarga la última palabra y se la ve en la cara que piensa en la mujer desconocida—. Mañana aún le preparo el desayuno...

Le asiente y, sin palabras, se retira de la puerta, para que no lo pueda ver y les resulte más fácil cortar la conversación. «Mañana aún le preparo el desayuno... Mañana aún... Aún...». Una sola palabra y ya es arrastrado con crudeza a la realidad. En ella está todo: la despedida, la espera de la despedida y lo peor de todo, la propia espera.

Siempre deseó abandonar Buenos Aires y ahora llegó el momento. «No pasaré en ella ni un solo día entero más», se dice, y luego recuerda a su esposa. Después de casi cinco años, la volverá a ver.

Los ojos le discurren por el recogido cuarto y al ver los cojines alzados sobre la cama, le parece como si hubiera dormido apenas una noche o dos en algún hotel descuidado y no como si hubiera pasado en él un año y medio entero. Luego, se encamina a la ventana. Los ojos le resbalan por las paredes vacías y, entoces, alza una ceja. De la puerta cuelga el calendario.

—Esto también —se dice mientras lo sujeta en las manos—. Casi lo olvido.

Tira de la hoja de enero, la cual días antes había empujado a través de la ranura al otro lado del cartón, y una vez lo pone sobre una maleta, se sonríe. «Mil novecientos cincuenta. Ya estamos a mediados de febrero y es la primera vez que no se habla con total certeza de cómo retornaremos este año a casa». Luego, alza la ceja, como si se preguntara a sí mismo. «¿A casa...?».

Delante de la puerta el ama de nuevo arrastra ruidosamente las pantuflas por el basto pavimento del pasillo. Le gustaría hablar con él, pero él se queda parado en el sitio, para que no lo oiga. Ni siquiera alza el brazo para detener el sudor que se le acumula en las cejas. Sabe que no hace bien, pero cualquier palabra le parece una pérdida de tiempo.

El ama siempre quiso saber todo sobre su esposa, pero era una simple y no le resultaba difícil llevar la conversación por otro cauce. Aún no había perdido el miedo a contar, aún lo colmaba esa sensación desagradable que se le metió ya en los días de la guerra y no lo abandonó ni más tarde, cuando, ya libre, escapó lejos, de un lado a otro de Europa. No quería hablar ni de él ni de los suyos y cuando se encontraba con desconocidos, tenía siempre listo otro nombre y una dirección falsa para sí.

Y aunque quisiera contarle algo, ¿acaso podría entenderlo? Si le contara cómo su esposa no pudo recibir el permiso para Argentina y aun así huyó, recorrió un cuarto del mundo para llegar a un lugar junto a un río allá en la frontera nortea, que lo esperaría; que en este momento ya lo espera allá para que la traiga y en algún remoto extremo de la tierra continúen con su vida allá donde la tuvieron que cortar cuatro años atrás, un año después del casamiento... ¿Qué entendería más allá de los eventos, los movimientos y las grandes distancias?

Además, nunca le gustó hablar con ella, excepto aquellas primeras semanas cuando volvió de Misiones y estaba feliz del regreso, de haber traído algo de dinero con él y haber encontrado en esta ciudad multitudinaria un trabajo tranquilo y un cuarto cerca del laburo. Entonces estaba

más ejercitado y charlaba muchas veces en el pasillo. Especialmente porque veía que lo atendía mejor de lo que podría haber esperado. Y él mismo en aquellos primeros días se había metido en la cabeza de algún lado que tarde o temprano habría de producirse un acercamiento entre ellos.

Cuando la mira ahora, prácticamente descuidada, y piensa en todas las vacuas palabras que intercambiaron el último año, no puede creer que en algún momento llegara a pensar en algo más que en este viaje, que es obligado si realmente quiere empezar una nueva vida.

Dobla el calendario y mira por las maletas y cajas adónde lo puede apretujar. Así que hace dos meses fue su última Nochebuena en esta calurosa ciudad. ¡Dios mío! En la iglesia bajo tierra de Belgrano, como ya las dos Nochebuenas anteriores, se hacinaba todo sudado entre compatriotas desconocidos. Quería llegar hasta alguna columna para sentir el frescor en las palmas, pero no podía ni mover los pies. Desde delante volaban a través de las cabezas sudadas viejos villancicos; cerraba los ojos y pensaba en la nieve. El sudor buscaba un camino por los cuellos y los hombros, al secarse las frentes, se secaban también de paso los ojos. ¿Y qué más daba? Luego de la Misa de Gallo, uno compensaba con varias jarras de cerveza el líquido que se había evaporado de él. Solo con las lágrimas no sabía qué hacer...

—Hace calor. En el viaje hará un calor de demonios, pero luego arriba en el norte será todo diferente. Allá el calor es seco —se dice, y recuerda al viejo Grondona.

Era apenas dos años antes. Descendió de un barquito de vapor al muelle en una mañana fresca y soleada. Por la noche había tal niebla en el río Paraná que el capitán había ordenado anclar el barco junto a la orilla. Estaba enojado con el capitán, pues tenía prisa: nueve días antes el barco había abandonado Buenos Aires y ya hacía dos que debería haber atracado en Puerto Iguazú. Pero llevaban esperando las tres últimas noches anclados en medio de la selva esperando la mañana para seguir navegando.

Se volvió hacia el ancho río. Los ojos se le hundieron en el bosque crecido y espeso, espiró profundamente el aire y se dijo:

—Ahora estoy aquí. Si al menos supiera si estoy obrando correctamente.

La bruma seguía alzándose sobre el río cuando le dio la espalda y giró cuesta arriba. No había nadie, junto al camino dos o tres rostros rubios y quemados se mezclaban con las caras de negros y criollos; solo arriba, donde el camino rojizo y pegajoso giraba hacia las primeras casas, se apelotonaba una muchedumbre. Ya antes, cuando hubieron atracado y el barco de vapor hubo

silbado, solo los niños se habían girado por un instante hacia el puerto y no parecían prestar atención alguna a los viajeros junto a la barandilla.

Caminaba despacio cuesta arriba. Aún faltaban algunos pasos hasta el grupo cuando sacó del bolsillo un papelito con una dirección. Luego, volvió a agarrar las dos maletas, pero apenas las hubo levantado, las volvió a posar. En medio de la muchedumbre casi inmóvil vio en el suelo un cadáver enorme.

—Lo echó a la orilla esta mañana —le dijo alguien que se disgregaba del montón cuando vio que iba ataviado a la extranjera. Apenas entendía su habla.

El muerto era tan grande que se se horrorizó.

—Eso de ahí nunca pudo andar —se dijo—. A dos patas no podía andar...

En un instante, eso de delante de ellos era un siluro de mar; el agua lo había echado a la orilla.

—Ni el agua lo quería tener... La cuestión es si es buena idea haberle dado la razón a la esposa y haber venido acá...

El hombre de anchos hombros abandonó la multitud. Se acercó a él y le enseñó el papelito.

—San Antonio.

El hombre lo miró, pero no respondió nada. Solo luego de girarse de nuevo hacia él y preguntarle en italiano de dónde salía el autobús del puerto, se echó a reír y simplemente negó con la cabeza. Le devolvió el papelito y ya había dado unos cuantos pasos cuando se giró e hizo una señal con la cabeza hacia entre los árboles y una casa rojiza en la cual relucía una gigantesca botella de chapa.

—¡No hay autobuses! Aquí termina el mundo... ¡Pregunte allá! Allá comen los choferes. Quizás vaya alguien por troncos.

~

El camión zumbaba por la roja tierra. El conductor estaba sentado perezosamente al volante y de tanto en tanto ojeaba al extranjero, que miraba asombrado a través de una ventanilla medio abierta. El camino se estrechaba cada vez más, las ruedas golpeaban con una frecuencia cada vez mayor los gigantesco helechos, el bambú se aferraba cada vez más fuerte al sendero.

—Tuvo suerte. Esta semana no marcha allá arriba nadie más. Ni esos brasileños del demonio. Va a llover y todos temen echar a perder una semana entera en medio de la espesura.

—¿Serpientes? —preguntó por decir algo.

—¡No, señor! —Este «señor» no era una expresión de respeto, sino el título para alguien que no entendía nada—. Ahora duermen. —Se volvió curioso del volante—. No le gustan, ¿eh?

Simplemente negó con la cabeza.

El conductor rompió en risas, mostrando una boca casi mellada del todo.

—Así son todos los de allá. —Hizo una señal hacia el sur—. A nadie le gusta emprender camino estos días, porque teme quedarse atrapado en el barro. ¡Ya verá qué tierra es esta cuando empiece a llover! Aún una semana luego de que escampe, las ruedas no se mueven para ningún lado. Quien sepa leer se puede entretener de algún modo en esos días, sino pues... na na...

«Llevo ya unos años huyendo de una tierra a otra. Si donde los familiares de la esposa es como escribieron, algún día quizás todo esto termine», reflexiona mientras el conductor narra.

—Conmigo es diferente. Yo me tengo que poner en marcha, porque estoy más tieso que la mojama. Llevo tres meses sin conducir. —Esperó a que el extranjero le preguntara algo, pero como no hubo pregunta, se volvió a girar hacia él. Levantó las manos del volante y las cruzó a la altura de las muñecas—. ¡Tres meses! —Se giró hacia el pasajero con una extraña sonrisa y añadió a modo de aclaración—: ¡Mujeres!

Pasaban cerca de las atronadoras cataratas del Iguazú. No las veía, pero oía la más cercana como si rugiera justo detrás de los primeros árboles del camino. Solo que de vez en cuando había en el cielo una neblina, y el conductor le explicó que se acumulaban justo sobre la boca de algunas cataratas concretas. Luego, el estruendo fue quedando poco a poco tras ellos.

El vehículo emitía un zumbido uniforme a través del bosque. A veces pasaban por debajo de los árboles, siendo como si un repentino crepúsculo hubiera caído sobre la tierra, y las lianas pendían junto a las ventanas. Parecían querer envolver el vehículo y detenerlo. Anchas clemátides golpeaban ambas luces a ambos lados del rojo camino.

Se había fatigado, pero le daba miedo dormirse. Al principio aún intercambiaban algunas palabras: dijo al conductor que apenas catorce días antes había arribado en barco desde Europa, que se había dirigido inmediatamente al norte, pues tenía que ir donde su cuñado, el hermano de su esposa, que había cruzado el mar hacía ya veinte años y vivía con su hija en San Antonio.

—¿Sabe en qué parte viven? —preguntó el conductor.

—No. Solo sé que tengo que llegar hasta San Antonio y buscar la taberna de un tal Grondona. Desde allá ya me harán llegar luego a la hacienda de mi cuñado.

—¿Cómo se llama la familia?

—Marinič.

El conductor se agitó negando, como indicando que no conocía ese nombre. Y, luego, se quedó en completo silencio por media hora, como ya había hecho unas cuantas veces antes, pero siempre volvía a iniciar la conversación con el mismo «Ayer me tumbé tarde». Solo cuando el extranjero se quedaba mirando fijamente y de forma más que ostensible las gigantescas orquídeas con flores amarillentas y sangrientas harto extrañas, o cuando había de defender su rostro con ambos brazos frente a las nubes de unas mariposas de un brillante azul claro, lo volvía a mirar:

—Allá abajo en Buenos Aires no hay nada... Estuve una vez allá y me robaron donde dormía. Dicho de manera honesta: allá no hay nada interesante... En tres horas estaremos en San Antonio.

Las curvas se acabaron y el vehículo aligeró por el recto camino que se perdía entre los árboles.

Le entró la duermevela. El conductor le ofreció unas bananas pequeñas y dulces y se las comió medio dormido. Luego, sintió que el hombre al volante le explicaba algo y le preguntaba:

—¿Piensa mudarse a esta tierra?

—No sé. Ni siquiera sé adónde voy...

—Conviene comprar. Hay que bregar si quiere hacerse con dinero, pero merece la pena. Aunque ya está entrado en años como para empezar con la tierra.

¿Ya entrado en años? Él se sentía con vigor y le pareció una afrenta, pero no respondió nada. Volvió a fijar la mirada en las frondosas copas de los árboles, deteniéndose en los revirados troncos, medio cubiertos por la hiedra y unas plantas trepadores claras y espinosas. ¿Quién habría pensado aún en Trieste, a punto de marchar a Suramérica, que algún día circularía por estos sangrientos caminos, abiertos entre los brezos y el bosque oscuro? Ni siquiera después de la última carta de la esposa, en la que le dio la dirección de su hermano, pensó que un recodo del mundo podría ubicarse tan perdido de la mano de Dios. «Mi hermano es viudo, hace años se le murió la esposa, por eso él y su hija esperan con alegría a cualquiera de los nuestros, así que a ti mucho más...».

—Está un poco apartado del camino —dijo el conductor—, pero hasta donde el viejo Grondona sí que lo llevo. Creo que a Grondona lo conozco, no estoy seguro. Si tuviera un auto de carga como los que tienen los brasileños que llevan madera, estaríamos allá alrededor de las diez... Si

se queda acá, seguro que conocerá a algún brasileño. ¡Tenga cuidado! Esos sí que son granujas. Ni a misa con un brasileño, ¿entiende? ¡Ni a misa! —Hizo un mohín de desprecio—. ¿Un brasileño? —Dobló la mano en un puño y con el dorso empezó a sacudir el aire frente a él, como si empujara a alguien invisible hasta una distancia apropiada, repitiendo—: ¡Aire! ¡Aire! De nuevo solo se oía el sonido del motor. Miró al conductor todo amargado y se dijo: «Ya estamos cerca de la frontera... Ya se odian...»

—Así, pues... —continuó el conductor sin que los gestos de desprecio alrededor de la boca se le mitigaran nada —así, pues será tarde y esta noche no le conviene seguir adelante. Mañana ya Grondona o algún otro lo alcanza a la chacra...

Alrededor de la medianoche se mostraron las primeras luces mortecinas entre los árboles. San Antonio. El viejo canoso Grondona, propietario de una ruinoso taberna en un solitario camino ya algo fuera del pueblo, los recibió somnoliento. Solo se despabiló cuando el conductor dijo que llevaba a un extranjero consigo.

—Anda buscando a su cuñado, que vive por aquí cerca con su hija —comenzó el conductor, y luego hizo una señal al hombre que se acercaba desde el vehículo, como diciendo que continuara él.

